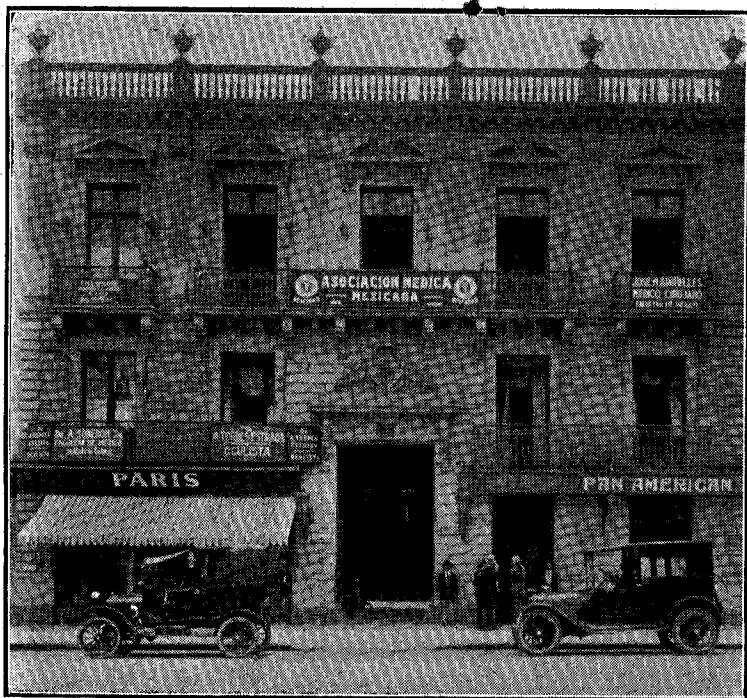


La Asociación Médica Mexicana



Edificio en donde están establecidas las oficinas de la Asociación.

Continúa haciendo progresos la Asociación: ha instalado sus oficinas generales en la casa número 18 de la Avenida Juárez; ha celebrado, con solemnidad, el primer aniversario de su fundación con una elegante velada de carácter literario musical que se llevó a cabo en uno de los salones de la Escuela Superior de Comercio; ha comenzado a publicar el Boletín de propaganda, y está por protocolizarse la escritura social, lo que se hará tan luego ella sea aprobada por la asamblea general.

El número de adhesiones que se reciben aumenta cada día y es de esperarse que pronto constituyan una mayoría los médicos que ostenten el distintivo de la agrupación, que aumentado reproducimos en estas líneas.



El doctor Manuel Mestre Chigliazza, Académico de la Historia.

LA Real Academia de la Historia, de Madrid, en su sesión celebrada el día 6 de febrero de 1920 acordó designar por unanimidad, individuo de su seno, en la clase de correspondiente al caballero con cuyo nombre encabezamos esta nota. Es el doctor Mestre escritor distinguido y ha pisado las candentes arenas de nuestra política: llegó, por elección popular y durante el régimen democrático que presidió Madero—el excelso visionario—al puesto de Gobernador del Estado de Tabasco, de donde es oriundo, y de donde tuvo que retirarse perseguido por la saña del pretorianismo. Es autor de una obra histórica sobre aquel estado y colaborador asiduo de *El Universal*, en cuyas columnas ha dado a luz importantes estudios de rectificación o de divulgación.



Doctor Mestre Chigliazza.
(Leopoldo Archivero).

Además de esa honra tan preciada de Académico de la Historia—y más para un hispanista como lo es el doctor Mestre—ha sido agraciado por nuestro Gobierno con la Dirección de la Biblioteca Nacional.

Vayan en estas líneas nuestros calurosos parabienes al viejo liberal y respetable amigo.

B. Rasck, de Cristianía, describe un hematozooario que él considera como causante de la diabetes azucarada (*daibetes mellitus*.) Sus preparaciones las fija durante tres minutos en alcohol metílico de Merck y luego las tiñe durante una hora con líquido de Giemsa, marca Grüber; el plasmodio se tiñe en violeta y su núcleo toma un tinte más oscuro.

Señala el autor formas sexuadas y asexuadas; unas intraglobulares y otras extraglobulares; tomarían formas anulares, en creciente, semejantes a un plátano, etc., todas convenientemente representadas en una lámina a colores, que acompaña al artículo.

Llama la atención este *plasmodium*, cuya cromatina no se tiñe en rojo con el Giemsa y que ha sido hallado en casos de padecimiento que como la diabetes no tiene ninguno de los atributos de las infecciones. (E. C.)

La “American Medical Association”

Casi al mismo tiempo que nosotros celebrábamos en Toluca nuestra reunión sexta, la Asociación Médica Americana celebraba la suya anual en la ciudad de Nueva Orleans. En esta vez como en las anteriores, el mitin revistió gran interés por el número y la calidad de los escritos presentados por sus autores, por la concurrencia de muchos profesionistas y por los atractivos sociales a que dió motivo.

En esa ocasión se hizo cargo de la presidencia de la Asociación el Contralmirante doctor William C. Braisted, quien había sido electo desde el año anterior y quien está al frente del servicio sanitario de la Armada de su país. Podemos engalanar esta página con el retrato del doctor Braisted, gracias a la bondadosa cortesía de nuestros amigos de Chicago.

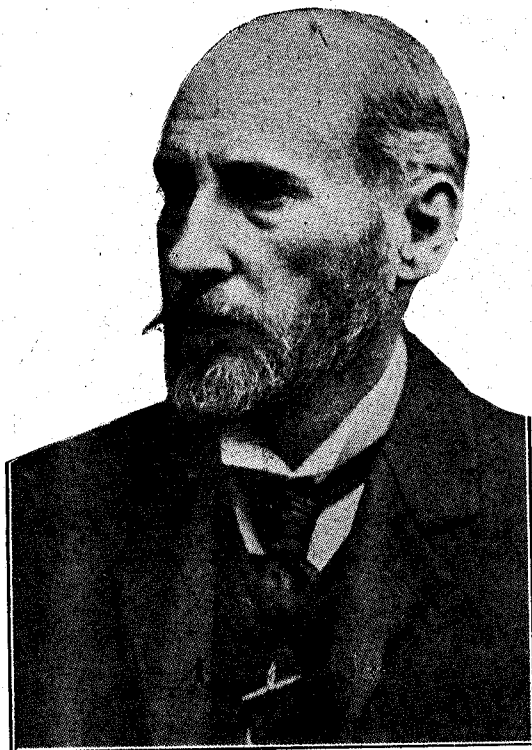


Contralmirante doctor Braisted, Presidente de la A. M. A. para el año 1920-21.

El ramo de publicaciones, al cual con justicia concede la A. M. A. una importancia capital, ha seguido siendo desarrollado, ya que además del *Journal* (y su respectiva edición en lengua castellana) editan ahora los *Archives of Internal Medicine*, los *Archives of Neurology and Psychiatry*, el *American Journal of Diseases of Children*, los *Archives of Dermatology and Syphilology*, los *Archives of Surgery*—publicación bimestral iniciada recientemente—y el *Quarterly Cumulative Index to Current Medical Literature*; en total siete periódicos, aparte las publicaciones científicas de libros y folletos.

El Instituto Cajal

NATALIO Rivas, el Ministro de Instrucción Pública español cuyo fervoroso entusiasmo y cuyas iniciativas de meridional luchan con las imposibilidades de la interinidad política y parlamentaria en que se tiene a España, ha dejado en la *Gaceta* una huella de su fecundia que, sin duda, será imperdurable. En la cultura española, esta rúbrica de ministro no será un trazo banal que amarilleará y se borrará con el tiempo, sino que cada día acrecerá su relieve de cosa real, útil y honrosa. Punto de partida, guión de otros propósitos, estímulo y aliento de otras iniciativas, el decreto puesto a la firma del Rey por Natalio Rivas representa un acto serio de buen gobierno.



El Maestro Ramón y Cajal.

Crea este decreto un Instituto de Investigaciones Biológicas y le da el nombre de Cajal. Con ello, la figura del sabio español recibe la consagración del Estado. Adviértase que esto es una gran novedad en España, y aun en muchos y muy adelantados países extranjeros. Salvo el Instituto Pasteur, en Francia, no recordamos nosotros ninguna institución oficial que lleve el nombre de un sabio, de un escritor, de un filántropo. Generalmente, los políticos, cuando han creado algún organismo científico o literario, lo han tomado como pretexto para adular a sus emperadores, reyes o magnates, dándole sus nombres o los de sus antepasados a la nueva institución. En España, ni siquiera los nobles y los ricos han sentido la ambición de ver perpetuados sus apellidos, uniéndolos de modo imborrable a estas empresas de cultura. Una tradición demasiado poderosa los inclinaba a las obras exclusivamente benéficas y religiosas. Aun así, hay Instituto Rubio, hay Museo del doctor Velasco, hay Escuelas Aguirre. Pasarán muchos años antes de que en los

frontispicios de soberbios edificios dedicados a universidades, clínicas, bibliotecas, observatorios y escuelas se leen los nombres de nuestros millonarios, como en los Estados Unidos se leen los de Rockefeller, Carnegie, Astor, Harvard, Morgan y tantos otros.

Decimos todo esto para hacer resaltar la importancia que tiene el hecho de que el Estado dé el nombre de Ramón y Cajal al nuevo Instituto de Investigaciones biológicas. Es la proclamación oficial de su gloria; es, seriamente, honestamente, sin despilfarros retóricos ni festejos populacheros, una verdadera coronación, como lo fuera la de Zorrilla el poeta en los palacios moros de Granada.

¿Merece Cajal este homenaje insuperable, rendido en vida, sin propagandas precursoras, sin peticiones de las Academias y de los Claustros, sin manifestaciones estudiantiles? Digamos sólo que la España actual tiene ante la intelectualidad mundial una vigorosa representación gracias al nombre de Cajal. Sus investigaciones biológicas han marcado rumbos nuevos a los anatomistas, a los antropólogos y a los biólogos. Como hay un arte del que no se habla en el mundo sin citar el nombre de Sorolla, hay una ciencia en la que ese apellido rotundo, tan sonoro y español, Cajal, constituye una cumbre del pensamiento humano; señala la fecha de un descubrimiento trascendental para el saber de todas las naciones. Y a ese apellido va enlazado el blasón de España. Su gloria es gloria de la patria.

Hace algunos años, los españoles que leen revistas extranjeras comenzaron a enterarse de que en Alemania y en Francia, en los Estados Unidos y en Suecia se hablaba de los descubrimientos hechos en la corteza cerebral y en la maraña de los nervios por un biólogo español a quien nadie conocía en España. Se llamaba Santiago Ramón y Cajal, y apenas podía decirse de él, mayor suma de noticias que era aragonés y era médico. Lo de aragonés advertíase en el tesón con que en un medio ambiente de modestia, humildad y escasez había este hombre organizado su laboratorio y esclavizado su vida a la lente del microscopio. Porque el triunfo de Cajal no ha sido sólo de laboriosidad, de entendimiento y de geniales adivinaciones. Ha sido un triunfo de voluntad, de carácter, de testarudez.

Quienquiera haya leído sus *Memorias*, tan galana y amablemente escritas, advertirá bien cómo se ha realizado el milagro de esta salvación del genio. No ya hace años, cuando Ramón y Cajal salió de la Facultad, concluida la carrera, con su título bajo el brazo, sino hoy mismo todavía, ¡qué enorme inquietud debe acongojar al joven licenciado o doctor que consumió en las aulas las más ricas energías de su mocedad, cuando habiendo llegado al término de sus afanes, se encuentra con que tiene que comenzar a ganarse la vida en una ruda lucha, en la que le acorralarán todas las competencias! Es esta inquietud la que empuja las legiones de médicos a hundirse en los partidos rurales, a convertirse en mercaderes de su ciencia, a alquilarse por sueldos irrisorios, a perder la fe en el

estudio, a ahorrar todas las ilusiones de la juventud en el mísero cadalso de las ruines necesidades materiales.

Esta fué la primera victoria de Cajal; venció a la escasez, convirtiéndola en acicate, en lugar de dejarse dominar por ella; luego venció a la impaciencia, no preocupándose de la gloria, no importándole que nadie le conociera en España. Como si la vida no tuviera otros horizontes ni otros senderos, y como si nada tuviera que anhelar en ella, Cajal trabajó y estudió. Insaciado buscó con el microscopio en la Naturaleza lo que los libros no decían; lo que no habían logrado saber todavía otros hombres. Su peregrinación a través de lo desconocido, en el mundo misterioso de lo infinitamente pequeño, no era sólo estudio y talento; era método, era tenacidad, era la obra plena de un carácter. Así, este hombre singular, hosco y ensimismado con quien solemos encontrarnos en el tranvía y en la calle, no sólo ha logrado gloria para su patria, sino que es un modelo de como debíamos ser todos los españoles; cada cual en su técnica o en su negocio. No es sólo el sabio, el profesor, el indagador, el literato—que también su pluma tiene galas de artista—; es el ciudadano. Así, darle su nombre ejemplar al Instituto de Investigaciones Biológicas, es una obra de buen gobierno.

(Del *Nuevo Mundo*, Madrid).

El profesor E. Fuchs, de la Universidad de Viena, invitado por la junta para la ampliación de estudios, está dando un curso sobre Anatomía patológica de las afecciones oculares en el Laboratorio del profesor Cajal, Facultad de Medicina, (Madrid), los lunes, miércoles y viernes a las seis y tres cuartos de la tarde.

La extraordinaria reputación del doctor Fuchs, autor de numerosos libros y trabajos sobre oftalmología conocidos en el mundo entero, atraerá a los especialistas españoles a este curso, en el que se presentará y proyectarán numerosas preparaciones, con motivo de las cuales el profesor hará consideraciones patógenas y clínicas acerca de las enfermedades del aparato de la visión.

NO OLVIDE UD. Señor Comerciante, que el medio más efectivo de hacer llegar al conocimiento del Cuerpo Médico Nacional los artículos que Ud. vende consiste en anunciarlos en la

GACETA MEDICA DE MEXICO,

el órgano más antiguo y el más prestigiado de la prensa médica mexicana.